

Domingo XXIII Tiempo Ordinario

***“Hace oír a los sordos
y hablar a los mudos”***

6 Septiembre 2009 P. Carlos Padilla

“¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres como herederos del Reino?”

Este domingo coincide con la celebración de Nuestra Señora de Guadalupe, en Extremadura. María, desde Guadalupe, templó los espíritus de muchos hombres que, saliendo de su manto protector, se embarcaron en grandes empresas en España y en el Nuevo Mundo. Al pensar en todo lo que significa la Virgen de Guadalupe en la historia espiritual de España y del mundo, comprendemos la necesidad de volver siempre a María, para adquirir ese espíritu misionero y cristiano, indispensable para la gran tarea que llama a nuestros corazones. Cada uno de nosotros está llamado a ser un conquistador y un misionero allí donde Dios lo envíe. Podemos serlo sólo si confiamos en su ayuda. Podemos ser más generosos, más espirituales y vivir así nuestra hora. **Se trata de ganar el mundo de hoy para Cristo.**

Nos viene bien mirar a María en estos momentos en que el regreso a la vida normal se hace lentamente. Poco a poco el corazón supera el llamado “drama” del término de las vacaciones y el regreso al trabajo. Vuelve la vida normal y los colegios están a punto de comenzar. Ya el verano es historia y preparamos el corazón para un nuevo curso. Seguro que nos hemos planteado bien en serio lo que queremos que sea este nuevo año. Hemos pensado en la vida laboral, en la vida familiar y en la vida personal. A lo mejor han surgido nuevos propósitos, que queremos tomarnos en serio para este nuevo tiempo: adelgazar, hacer deporte, dejar de fumar, leer más, cuidar más los vínculos familiares. Todos son buenas intenciones que nos animan de cara a un nuevo comienzo. Nunca podemos perder la esperanza. Sin embargo, a veces me surge la duda: *¿Le hemos preguntado a Dios lo que quiere que hagamos este nuevo curso?* *¿Hemos consultado con Él los cambios?* *¿Hemos escuchado lo que espera de nosotros?* *¿O hemos decidido nosotros solos sin tomar en cuenta lo que Él desea?*

Hoy las palabras de Isaías nos levantan el ánimo y evocan el Paraíso, la Tierra prometida: “Decid a los cobardes de corazón: ¡Sed fuertes, no temáis! Mirad que vuestro Dios viene vengador; es la recompensa de Dios, él vendrá y os salvará. Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como un ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo. Pues brotarán aguas en el desierto, y torrentes en la estepa, se convertirá la tierra abrasada en estanque, y el país árido en manantial de aguas. En la guarida donde moran los chacales verdeará la caña y el papiro”. Isaías. 35, 4-7. Allí no habrá dolor, ni miedos, allí el alma tendrá la paz verdadera. El corazón recobra el valor al escuchar al profeta y deja entonces de vivir en el futuro, siempre tan incierto, para afrontar el presente con confianza. Cuando miramos el futuro que describe Isaías, el corazón deja de agitarse. Con la esperanza puesta en la promesa de plenitud hecha por Dios para nuestra vida, podemos vivir con una paz nueva. **Porque, en realidad, necesitamos vivir el presente, la preocupación de cada momento, para no perder la paz pensando en un futuro incierto.** Porque no nos gustan los cambios de planes y hay temores que nos quitan la paz y no nos dejan ver a Dios: La crisis económica sigue

siendo una amenaza para nuestras seguridades; la gripe A que viene con fuerza y se habla ya de una “pandemia”. Por eso surge el miedo y el temor, *¿Cómo entender a Dios?* *¿Cómo aceptar que juegue con nuestras vidas y las de nuestros seres queridos?*

En este sentido, escuchando las palabras de luz de Isaías, es posible entender el mensaje que nos deja **S. Juan Crisóstomo, al meditar sobre los discípulos**: “*¿Cómo se explica que aquellos que, mientras Cristo vivía, sucumbieron al ataque de los judíos, después, una vez muerto y sepultado, se enfrentaron contra el mundo entero, sino es por el hecho de su resurrección, que algunos niegan, y porque les habló y les infundió ánimos? De lo contrario se hubieran dicho: “¿Qué es esto? No pudo salvarse a sí mismo, y ¿nos va a proteger a nosotros? Cuando estaba vivo, no se ayudó a sí mismo, y ¿ahora, que está muerto, nos tenderá una mano? Él, mientras vivía no convenció a nadie, y ¿nosotros, con sólo pronunciar su nombre, persuadiremos a todo el mundo?”* No sólo hacer, sino pensar algo semejante sería una cosa irracional”. Sólo corazones transformados por Dios pudieron dar aquello, que antes pensaron que no tenían. Ellos sabían la promesa hecha por Cristo en sus vidas. Creyeron en Él y por eso caminaron por la tierra como ciudadanos del cielo. **Pudieron vivir cada día con la confianza puesta en Aquel que les reservaba un gozo eterno.**

Por eso hoy, al afrontar el nuevo curso, queremos hacerlo con la fe y la fuerza de aquellos hombres. Nos sabemos pobres, como ellos, pero con el corazón dispuesto a entregarnos por entero. Entonces, la pregunta que ha de surgir en el corazón, es la siguiente: *¿Qué quiere Dios que entregue en este curso? ¿Dónde quiere que me la juegue por Él y por aquellos que todavía no le conocen?* Porque muchas veces buscamos al Dios del consuelo, al Dios que nos explique lo que hacer con nuestras vidas, y nos damos por satisfechos por sentirnos acogidos y queridos por el Dios, que guía nuestros pasos. Sin embargo, no podemos quedarnos allí, hoy también queremos preguntarle a Dios, con el riesgo que eso conlleva: *¿Dónde te hago falta? ¿Dónde necesitas mi voz, mi amor, mis obras, que muestren tu rostro?* Planeamos todo el curso, tomamos propósitos para nuestra vida personal, pero muchas veces nuestra vida espiritual, nuestra entrega apostólica, permanece tan raquíta y subdesarrollada como siempre. No queremos conformarnos, no queremos ser “*consumistas religiosos*”, que buscan con un espíritu insaciable lugares donde beber. **No podemos quedarnos en una religión que busque sólo la propia satisfacción. Dios nos necesita. Necesita instrumentos.**

La condición propia de nuestra vida de cristianos está clara: estamos llamados a seguir los pasos de Cristo, allí donde Él quiera. Y cuando no estamos donde Él nos dice, perdemos la paz. El otro día me llamó la atención un testimonio de la **Madre Teresa**. A Ella la hemos recordado ayer con gran alegría, porque nos enseña siempre a vivir a través de su testimonio de fe: “*Una vez vi a una Hermana yendo al trabajo apostólico con cara triste, entonces la llamé a mi habitación y le pregunté: ‘¿Qué dijo Jesús, llevar la cruz delante de Él o seguirle?’ Con una gran sonrisa me miró y me dijo: ‘Seguirle’.* Entonces, le pregunté: ‘*Por qué intentas ir delante de Él?*’ Dejó mi cuarto sonriendo. *Había entendido el significado de seguir a Jesús.¹* Nos ponemos tristes cuando la carga que llevamos nos parece insoportable. Sin embargo, **suele ocurrir cuando ya no vamos detrás, sino delante de Cristo y no le miramos a Él**. Seguir a Cristo es cargar con su cruz, es seguir sus pasos, pero con el corazón en paz por saber que estamos haciendo lo que nos pide.

Por eso, es necesario que vivamos con ese espíritu de fe para encontrarnos con el Dios de nuestra historia y saber lo que quiere de nosotros. El P. Kentenich lo explicaba: “*¿Cuándo viviré del espíritu de fe? Cuando logre escuchar la voz de Dios en todas las circunstancias que me toque vivir, tanto las de la historia universal, como las de mi propia*

¹ MADRE TERESA DE CALCUTA, *Ven, sé mi luz*, 272

*vida, y a partir de ahí vislumbrar sus planes*² . Sólo entonces podremos hacer nuestras las palabras que hemos escuchado en el salmo: *“Alaba alma mía al Señor, que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos. El Señor libera a los oprimidos. El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos. El Señor sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente; tu Dios, Sión, de edad en edad”*. Sal 145, 7. 8-9. 9bc-10. Dios nos necesita y eso nos hace más conscientes de nuestro valor, de todo lo que podemos dar, de la misión inmensa puesta sobre débiles hombros. **Pensamos que no somos tan importantes para Él y nos confundimos. Porque Él sólo busca nuestra pobreza.**

Eso nos da confianza, porque Dios ha elegido a los pobres según el mundo para hacerlos testimonio de su presencia: *“Escuchad, hermanos míos queridos: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?”* Somos esos pobres que Él necesita. Elige lo pobre de este mundo, lo despreciable, para confundir a los sabios, a los que creen que lo entienden todo y están llenos de su soberbia y vanidad. Dios busca pobres con una gran riqueza en su interior, la riqueza de nuestra propia originalidad, del propio valor que nadie nos puede quitar. **El P. Kentenich nos recuerda que lo primero no es la humildad, sino la conciencia del propio valor:** *“No se puede ser humilde si primeramente no se está en posesión de uno mismo, si no se tiene conciencia de uno mismo, de la propia autonomía y originalidad. (...) Debo sostener conscientemente: quiero ser yo mismo. ¡Conviértete en lo que eres!”*³ Así queremos afrontar este tiempo, con la confianza puesta en nuestra riqueza original. **Dios nos necesita y por eso nos capacita para la misión. No elige a los capaces, por el contrario, como siempre os recuerdo, capacita a los elegidos.**

Es lo que hace con el protagonista del Evangelio de este domingo. *“En aquel tiempo, dejó Jesús la región de Tiro y llegó de nuevo, por Sidón, al mar de Galilea, atravesando la Decápolis. Le presentaron un sordo que, además, hablaba con dificultad, y le rogaron que le impusiera las manos.”* Se trata de un sordo que no podía hablar bien. Estamos delante de un incapacitado. Una persona que necesita un milagro para poder llevar la Palabra de Dios y para poder ser aceptado en el mundo. El sordo que no podía hablar no servía y por eso podía ser rechazado. **Santiago nos recuerda hoy algo esencial. La actitud propia de Cristo es la de la aceptación de todos:** *“Hermanos míos, no entre la acepción de personas en la fe que tenéis en nuestro Señor Jesucristo glorificado. Supongamos que llega a vuestra asamblea un hombre con un anillo de oro y un vestido espléndido; y entra también un pobre con un vestido sucio; y que dirigís vuestra mirada al que lleva el vestido espléndido y le decís: ‘Tú, siéntate aquí, en un buen lugar’; y en cambio al pobre le decís: ‘Tú, quédate ahí de pie’, o ‘Siéntate a mis pies’.* ¿No sería esto hacer distinciones entre vosotros y ser jueces con criterios malos?” Santiago. 2, 1-5. Nos quedamos **con frecuencia en el juicio y en la acepción de personas. Ante un incapacitado o ante un pobre, pasamos de largo.**

El otro día, por curiosidad, buscaba el significado exacto de “acepción de personas”. Y entonces leí: *“Acción de favorecer o inclinarse a unas personas más que a otras por algún motivo o afecto particular, sin atender al mérito o a la razón”*. Y entonces me descubrí a mí mismo haciendo acepción de personas. Es cierto, que el que nunca hace acepción de personas es Dios, sólo Dios, ya lo decía Pedro: *“Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia”* Hechos 10, 34. Sin embargo, estamos llamados a no caer en ello, como nos lo recuerda el Deuteronomio, donde Dios nos lo pide: *“No tuerzas el derecho; no hagas acepción de personas”*. Deuteronomio 16,19. Por eso Santiago pone hoy el acento en la

² J. KENTENICH, *Lunes por la tarde*, 21, 190

³ J. KENTENICH, *En libertad ser plenamente hombres*, 243-244

pureza de nuestro corazón. Porque nuestro corazón no es tan puro y juzga, se crispa, desprecia y muestra indiferencia, cuando no descubre capacidades en los que nos rodean. Ante el incapacitado y el pobre, puede nuestro corazón caer en la indiferencia. No somos tan puros como deseamos. Lo sabemos, sólo un corazón puro acepta, acoge y ama, sin tomar en cuenta los propios prejuicios, que enturbian la mirada. **Sólo un corazón puro, como el de los niños, nos permite ver siempre en el prójimo un reflejo de Dios. Hoy pedimos un corazón así.**

Porque quisiéramos tener un corazón como el de Cristo, que se lleva a un lado al incapacitado y le devuelve la voz y el oído: *“Él, apartándolo de la gente, a solas, le metió sus dedos en los oídos y con su saliva le tocó la lengua. Y, levantando los ojos al cielo, suspiró (dio un gemido), y le dijo: «Effetá», que quiere decir: « ¡Abrete!». Y, al momento, se abrieron sus oídos y se soltó la traba de su lengua y hablaba sin dificultad”*. Es el mismo gesto y la misma palabra que el sacerdote realiza en cada bautismo. Toca los labios del recién nacido, toca sus oídos y le pide a Dios que los abra, para recibir su Palabra y anunciar su Gloria. **S. Jerónimo comenta este pasaje diciendo:** *“Gimió mirando al cielo y así nos enseñó a gemir y a hacer subir hasta el cielo los tesoros de nuestro corazón”*. Cristo gime, suplica y sufre con el que sufre y pide a Dios que se manifieste. Cristo se compadece y actúa en aquel, que a los ojos de los hombres, no es tan válido. Ante la debilidad reconocida por el corazón necesitado, Cristo se siente indefenso y se vuelca en su ayuda. Nuestra necesidad despierta su deseo de entrega, conmueve su corazón. **Cristo nos necesita y nos capacita entonces para la misión.** El que era sordo y torpe para hablar se convierte en portavoz del milagro y no puede dejar de gritarlo.

Por su parte, Jesús no quiere que cuenten lo ocurrido: *“Jesús les mandó que no se lo contaran a nadie. Pero cuanto más se lo prohibía, tanto más ellos lo proclamaban. Y, llenos de asombro, decían «Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos.»”* Marcos 7, 31-37. Dice **S. Jerónimo**, en un comentario a este texto: *“Con esto nos enseñó a no glorificarnos en nuestro poder, sino en la cruz y la humillación”*. Y añade, en el mismo sentido, **S. Teofilacto:** *“En esto debemos aprender, cuando hagamos un beneficio a cualquiera, a no buscar el menor aplauso o alabanza. Y a alabar a nuestros bienhechores y publicar sus nombres, aunque ellos no quieran”*. **Alabanza y humildad.** Gratitud y conciencia de la gratuidad del amor de Dios en nuestras vidas.

Sin embargo, muchas veces buscamos el reconocimiento por las cosas que hacemos. Nos preocupa demasiado dejar huella en el mundo, ser recordados y marcar la historia. El otro día escuchaba a **Bolt y Cristiano Ronaldo** que decían: *“Queremos ser los mejores de todos los tiempos”*. Al final, todo se olvida y tal vez quede como recuerdo para los estudiosos de estadísticas, pero todo pasa y desaparece. De poco sirve ser el mejor de todos los tiempos. No conozco a ningún santo que dijera: *“Quiero ser el mejor santo de todos los tiempos”*. No es nuestra meta, no buscamos ser los más santos. Sin embargo, **¡Cuántas fuerzas perdemos queriendo ser los mejores, buscando el reconocimiento y la alabanza de todos los demás, aún cuando realizamos obras buenas y santas por el Reino de Dios!** Por ello, siempre reconforta escuchar a la **Madre Teresa:** *“Si alguna vez llego a ser santa, seguramente seré la santa de la “oscuridad”. Estaré continuamente ausente del cielo, para encender la luz de aquellos, que en la tierra están en la oscuridad”*⁴. Ella nos muestra el verdadero sentido de la santidad, que consiste en **no dejar de servir y amar, ni siquiera cuando descansemos en el cielo.**

Volvemos al protagonista del milagro de hoy, al sordo que apenas puede hablar, y refleja así su miseria y debilidad. Representa la incomunicación, porque ni oye ni

⁴ MADRE TERESA DE CALCUTA, *Ven, sé mi luz*, 282

puede hablar. Nosotros somos ese hombre necesitado de un milagro. Reconocemos, en primer lugar, nuestra propia **sordera. En la vida diaria nos cuesta tanto escuchar**. Hablamos mucho, pero no escuchamos. Oímos que nos hablan, pero no acogemos con el corazón, con el alma abierta. Estamos demasiado ocupados y no queremos más complicaciones. No sabemos escuchar. El Señor le decía a los fariseos: "*Tienen oídos y no oyen*". No basta con tener oídos para entender de verdad, para saber escuchar bien. Y tampoco sabemos escuchar a Dios. No entendemos sus voces. **Pensándolo bien, creo que con frecuencia no tenemos el silencio suficiente en nuestro corazón para escuchar a Dios**. No conseguimos descifrar los signos de los tiempos, las voces de Dios en nuestras vida. Y, a veces, preferimos que otros o el paso del tiempo, tome por nosotros las decisiones que no nos atrevemos a tomar. Hay mucha desorientación. El corazón va de un lado a otro y no encuentra un solo lugar de reposo. Así, entonces, es difícil distinguir la voz de Dios. Hay demasiadas voces. Me sorprende ver, sin embargo, cómo las madres, siempre, cuando oyen a un niño llorar, saben perfectamente si es o no uno de sus hijos. Sin embargo, la voz de nuestro Dios, la voz de María, no la distinguimos tan fácilmente. Nos cuesta entender la conducción de Dios. **Hoy le pedimos a Cristo que nos toque los oídos del corazón, para escuchar**.

Por otro lado, también somos pobres en el hablar. Decimos muchas cosas, pero, a menudo, comunicamos poco. ¡Cuántas conversaciones se dan, incluso con las personas a las que más queremos, en las que no hablamos de lo que realmente nos importa! Hablamos de cosas intrascendentes y se nos va la vida en ello. **San Gregorio Magno**, a quien hemos recordado esta semana, hablaba de la importancia de que nuestro hablar nos lleve a lo alto, en lugar de dejarnos apegados siempre al mundo. Él tuvo que dejar el Monasterio para conducir la Iglesia y sufrió por ello: "*Como yo también soy débil, poco a poco me voy sintiendo atraído por aquellas palabras ociosas, y empiezo a hablar con gusto de aquello que había empezado a escuchar con paciencia, y resulta que me encuentro a gusto postrado allí mismo donde antes sentía repugnancia de caer*". Aprender a hablar sólo lo necesario y lo importante es toda una tarea. Ocurre que de lo que está lleno el corazón habla la boca. Y nos quejamos de hablar más de la cuenta, de caer en la crítica y en el juicio con facilidad, de perder el tiempo en conversaciones que no edifican. Hoy queremos pedirle al Señor que toque nuestros labios y nuestro corazón, para que lo que hablamos edifique, construya, anime y eleve. Y cuando no sea así, que podamos guardar silencio, para no arrepentirnos de haber hablado.

Dios puede hacerlo, puede darnos un oído nuevo, que sepa escuchar a otros y escucharle a Él y una boca nueva, que esté encendida por el amor de Dios. Sabemos que es un milagro y nos sigue faltando la fe para creer que Dios todavía hoy hace milagros. El alma parece haber perdido la capacidad de creer en los milagros. No obstante, cada domingo, cuando nos acercamos a los milagros de Jesús, el corazón parece abrirse a la posibilidad de los milagros. **¿Por qué nos falta tanta fe?** Creemos que Dios hace milagros si nos lo merecemos, si nos hemos portado bien, si hemos sido realmente santos, buenos y misericordiosos. **No creemos en la gratitud**. Porque en nuestra forma de amar y entregarnos no ejercemos tampoco la gratitud. Hoy Jesús sana a un sordo que casi no podía hablar y nos muestra que quiere también realizar ese milagro en nosotros, para que nos convirtamos en los heraldos que lleven su mensaje al mundo. Por eso hoy le pedimos al Señor: "*Haz que creamos en los milagros*".

Cuando seamos curados de nuestra sordera, y cuando nuestros labios puedan hablar, nos convertimos en verdaderos apóstoles, en seguidores de Cristo. Es el milagro que hoy pedimos en nuestro Santuario. **La Iglesia necesita hombres enamorados de Cristo, que no puedan dejar de anunciarlo en medio del mundo. Hombres que vivan anclados en Dios, con el oído puesto en su corazón de Padre.**